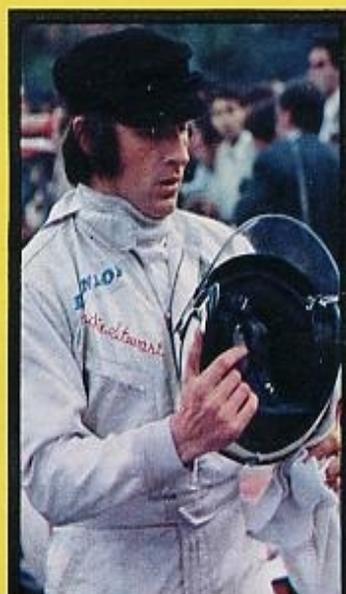


JACKY STEWART

UN CAMPEON EN LA CUERDA FLOJA

A falta de tres grandes premios internacionales, el corredor escocés Jacky Stewart acaba de proclamarse, en el circuito de Monza, campeón mundial automovilístico en Fórmula 1. Su record es realmente impresionante. Vencedor en seis de los grandes premios disputados, segundo en otra prueba y retirado de una de ellas, Jacky Stewart participará en el Gran Premio de Canadá (21 de septiembre), Estados Unidos (5 de octubre) y México (2 de noviembre), con la confianza de que, obtenga la clasificación que obtenga en los últimos tres grandes premios del año, será igualmente campeón mundial. →



¿Cómo se puede, en una temporada, alcanzar tal número de éxitos deportivos y, sin pertenecer al Gotha de la mitología, vivir plenamente los pocos días que el destino concede una vez al año sin la hipoteca del cara o cruz; un cara o cruz que depende, a menudo, de una mancha de aceite o de una décima de segundo de distracción?

Para ello es suficiente ser escocés, tener una mujer joven y encantadora, dos niños traviesos... y llamarse Jacky Stewart. En resumen, se puede vivir como una persona cualquiera, en una casa nada llamativa, en Suiza —entre Ginebra y Lausanne—, que, por supuesto, está rodeada de un cuidado césped, propio de tarjeta postal. Una casa espaciosa: cinco habitaciones, despacho, comedor de estilo escocés, tres cuartos de baño, sala de billar y salón de estar.

—Vivir en Escocia y ser corredor de automóviles es imposible. Ginebra y su aeropuerto están cerca de aquí; todos los circuitos europeos

están a dos horas de avión como máximo.

La integración se ha hecho con toda suavidad, como un cambio de velocidades, y el pueblo ha adoptado —respecto a Stewart— muy buenas relaciones.

—Esperaba una indiferencia total, pero resultó todo lo contrario: la gente viene a ver mi casa y los mecánicos y dueños de garajes me enseñan sus últimos modelos de automóviles. Además, tenemos muchos amigos, pues consideramos que la vida social es importante. Salimos con bastante frecuencia; el resto del tiempo lo consagramos a la vida familiar.

De estos momentos familiares es de donde saca el campeón fuerzas y equilibrio. Confiesa que durante el período de competiciones su vida está en continua tensión. Tensión al llegar al circuito, tensión durante la carrera.

—Un buen piloto tiene, no lo olvide, reflejos y un control total de sí mismo. La adulación femenina de que es objeto no debe alcanzarle... Si usted quiere hacerse una

idea hollywoodiense del campeón automovilista, quedará usted decepcionado.

el vacío total

Sin embargo, en la película «Grand Prix»...

—En «Grand Prix», Yves Montand —asuntos sentimentales al margen— interpretaba perfectamente su papel de campeón automovilista, tal como es. Después de haber vencido en Montecarlo se encuentra literalmente vacío. Se da cuenta en aquel momento que su placer por la victoria ya no es el mismo. Yo he ganado también en Montecarlo; esa fue mi mayor alegría. Como Montand, yo sentí también después de la carrera ese extraordinario momento de pasar al vacío total.

¿Lo explicaría usted como algo parecido a lo que se siente después de un placer intenso?

—Efectivamente, se trata del mismo orden de sensaciones. Entre la conducción de un automóvil y las relaciones con una mujer, hay muchos puntos en común. Hay





que conocer al compañero, domesticarlo, cuidarlo o maltratarlo (sic) para que den de sí al máximo. Y una vez obtenido este punto culminante, llegan en seguida unos instantes imprecisos al cabo de los cuales uno se encuentra poco menos que en una especie de nada.

¿Existe el personaje del joven corredor italiano de «Grand Prix»?

—Existe. Representa la alegría de conducir que todos experimentamos en los comienzos. Pero hacen falta cinco años de competición para pasar del estado del joven italiano al de Montand: uno muestra su placer, el otro lo oculta.

la tercera pasión

¿Y usted?

—También yo ahora, porque sé el precio que debo pagar.

¿Por qué no pararse?

—No resulta tan sencillo. Tengo veintinueve años y

compito desde mil novecientos sesenta y cuatro. Estoy seguro, aunque no sé cuando sucederá, que al levantarme una buena mañana, decidiré no volver a competir. Antes que los automóviles me entusiasmaron el tiro de pichón; en esta especialidad conseguí mi primer éxito deportivo. Un buen día me desapareció la afición y ahora vivo con la esperanza de que mi nueva pasión aparezca pronto.

¿Prefiere que su esposa le acompañe en sus desplazamientos?

—Depende de las carreras en las que debo participar. Pero, con frecuencia, antes de la carrera tengo que ocuparme de mi. Sentir a mi esposa muy cercana o en la habitación del hotel, no me rasuelve nada.

Pero, ¿cómo puede vivir usted así?

—Nuestro placer de vivir es intenso. Tal vez sea mayor que el de los demás. Hago, hacemos, planes para

el futuro. Y además me siento más cerca de mi familia que un hombre que trabaja en un Banco y que vuelve a su casa todos los días a la misma hora. Vivimos sobre la cuerda floja, pero más intensamente que cualquier otro.

Vivir con ese temor y ser feliz es tener lo que se suele llamar coraje...

—No sé. Creo que tener coraje es hacer algo que no se tiene ganas de hacer. Supone también continuar cuando se tiene miedo. Yo tengo que esforzarme en proseguir cada vez que hay competición; tal vez haya en ello coraje.

¿Y la vanidad?

—Desaparece en el momento de dar la señal de partida. Quizá aparezca después, si se gana, aunque lo más frecuente es que se esté violento con los demás.

Tal vez sea esto lo que explica que los numerosos trofeos de Jacky Stewart estén arrumbados en el sótano de su casa. ■ MONDIAL PRESS.



JACKY STEWART